

La maldición en Avalon

Covadonga González-Pola Jaquete

Una maldición no cae como un rayo fulminante. No se anuncia como un destello de una poderosa luz, ni como un estruendo atronador. Una maldición se siente poco a poco. Seguramente por eso son tan peligrosas. Cuando quieres darte cuenta, ya estás envuelto en ellas y no sabes muy bien cómo defenderte, cómo empezó. Ha llegado tan lejos que normalmente la única solución es huir.

Las hijas de Avalon sabemos más que la mayoría sobre este tipo de artes. Es difícil de explicar, pero es algo con lo que prácticamente nacemos. No somos brujas de la magia negra ni monstruosas hechiceras satánicas como la tradición ha hecho creer. Somos, ni más ni menos, el último reducto de la religión natural que adoraba a la Madre Diosa. Una estirpe de mujeres que, lejos de dejarse vencer, aun cuando el destino era aciago, ponían humor y fantasía a todo su hacer. Avalon es el último reducto de la antigua sociedad matriarcal, natural, cálida y cercana. Para llegar hasta él es necesario aclarar las brumas del camino en barca que lo separa del mundo conocido, aunque no todas las hijas de Avalon son capaces de hacerlo. Así, nos abrimos paso a la sagrada tierra para atracar en su puerto. Nos movemos entre los bosques, las aguas y la vida porque son parte de nuestra esencia. Aprendimos esto de las hadas, que viven no muy lejos de nuestra tierra. Pero eso no significa que tuviésemos buena relación con ella. Y hace unos años tuve la desgracia de averiguarlo.

La hermandad de las hijas de Avalon había logrado permanecer con vida durante más años de los que la gente corriente hubiera podido imaginar. Tal vez hace mucho tiempo oísteis hablar, posiblemente muy mal, de nuestra querida Morgana y de tantos otros. Del Merlín, de la Dama del Lago o de Igraine. Pero ahora ya no es así. La tierra de Avalon está inundada y apenas queda espacio en ella para subsistir. El mundo moderno inunda cada vez más su espacio y la isla se ha visto obligada a ceder, pues en otro caso, habría sido descubierta. Ahora, de la gran comunidad que residía allí, sólo quedan tres personas. Apenas pueden ser abastecidas con lo que da la pequeña isla, pero se organizan para sobrevivir. Antes, además de las tres mujeres, había espacio para el Merlín, pero éste se marchó. Yo no supe por qué hasta un tiempo después. Fue unos meses más tarde de que yo misma fuese invitada a ser una de las tres personas elegidas para vivir en la isla, tras pasar la prueba que permitía despejar las brumas. Y es cierto que fui feliz allí, pero también que, poco a poco, empecé a ser consciente de que algo estaba sucediendo. Algo que no resultaba muy esperanzador.

La hermana Ninniane. Ella, lejos de ser como las de la antigua estirpe, presentaba un aspecto distinto. A mi llegada, su comportamiento parecía normal, pero no tardó mucho en empezar a sufrir fuertes cambios: comportamientos desordenados, envidiosos y difícilmente justificables. Falsedad: sonrisas de frente acompañadas de gesto y quejas por la espalda. Una mirada demente, poseída. Agresividad exacerbada. Había empezado poco a poco, con gestos malhumorados o desconsiderados, con comportamientos absurdos que pronto se volvieron dictatoriales. La violencia no tardó en llegar. Al mismo tiempo, habían sucedido cosas extrañas: su cabaña se había derrumbado y se había vuelto extrañamente obsesiva. Cualquier visita de algún varón a la isla desembocaba en ella unos deseos irrefrenables de seducción, incluso cuando luego decía no haber experimentado atracción alguna por ellos. A todo esto, se unió la contracción de una extraña enfermedad. Nunca supe si era contagiosa para mí, ella nunca me lo dijo.

Estupefacta ante estos cambios en Ninianne y, deseando ser paciente, había preferido esperar. Imaginaba que en algún momento se daría cuenta de su error y se disculparía. Ya lo había hecho en alguna ocasión. A veces pienso que habría hecho mejor en haberme rebajado a su altura desde el primer momento, por muy triste que resultase. Que habría hecho bien en desconfiar de alguien que critica con demasiada ligereza a cualquiera que desaparece de su vista, tras haberle dedicado dulzura y afecto cuando estaban frente a frente. Sé que habría hecho mejor en desconfiar, nada más darme cuenta de que deseaba que algunas personas le leyeran la mente y esperar pasivamente un cambio mágico y sin saber ni hacer. Habría sido mejor no confiar en una persona a la que nunca conocimos ninguna amistad fuera de la Hermandad.

Fue durante una visita a Cuervo, la mujer que había abandonado Avalon para que yo ocupase su lugar, cuando supe de la existencia de la maldición. Si algo se podía asegurar de ella era su absoluta discreción, no en vano había pasado todos los años de su juventud sin hablar, cediendo su voz a la Diosa y dejando que ella revelase sus profecías a través de su voz. Fue lo que descubrió en su última profecía, me dijo, lo que la hizo abandonar Avalon y cederme su puesto. Pues fue por medio de la voz de Cuervo como se desveló la maldición.

Ella comenzó a hacerme preguntas sobre Ninniane y sobre los posibles cambios que se hubieran dado en la isla tras su partida. Efectivamente, yo había detectado un cambio general en el ambiente de Avalon y muy particularmente en Ninianne. Fue entonces cuando Cuervo me habló de lo sucedido. Según las aguas iban cubriendo Avalon, la isla se había ido juntando con el reino de las hadas, siempre tan próximo. Aquel que decían que solamente Morgana había llegado a visitar. Y desde este territorio, una serie de espíritus diabólicos se había intentado colar en nuestra amada isla. Para ello, buscaban en los corazones de aquellas mujeres que pertenecían a la estirpe de la Diosa Madre pero que, a pesar de ello, fueran inseguras, envidiosas, y fácilmente corrompibles. Aquellas en las que el germen de Avalon realmente no existía y que no tenían el verdadero poder para obtener el privilegio de residir allí. Y las seducían asegurándoles que, gracias a ellos, conseguirían despejar las brumas para llegar a Avalon y ser admitidas para vivir en la isla. Para ello, tan sólo tenían que fundir sus espíritus. Pero aquello alteraba su equilibrio. Y eso era, precisamente, lo que yo había observado en Ninianne.

Tanto fue así que, cuando regresé a Avalon, la situación empeoró. Ninniane continuó con sus desagradables comportamientos subiendo un peldaño más en su escalinata de absurdo, obsesión y agresividad. Me pregunté si la Diosa Madre tendría algo parecido al agua bendita de los cristianos que yo pudiera rociar sobre Ninianne para tratar de sacarle de dentro aquel ser maligno que era parte de ella y que se acoplaba perfectamente con su forma de ser. Creo que, en realidad, aquel era el problema: la mujer y su demonio encajaban perfectamente, como piezas de rompecabezas, y por eso aquellos dementes rasgos se reflejaban tan bien en ella. Porque estaba deseando que alguien los sacase a relucir. Liberarlos. Darles rienda suelta. Finalmente, la situación estalló. Ninianne me descubrió orando a la Madre Diosa, pidiéndole que deshiciese aquel vínculo monstruoso entre la hermana y el diabólico ser que la habitaba. Aquello fue demasiado para Ninniane, pero sobre todo para el demonio, que se vio descubierto. Por medio de ella, empezó un discurso consistente en incoherencias y deseos de echar en cara comportamientos que incluso ella misma había llevado a cabo en épocas anteriores y pretendió instaurar su superioridad, basada únicamente en su creciente demencia, sobre mí. Sus argumentos los había oído ya en algunos casos que me habían contado algunas esposas del mundo moderno que eran, maltratadas por sus maridos. “No soy yo, eres tú la que me hace ser así. Si estoy insufrible, es por tu culpa.” El argumento de un ser diabólico y retorcido.

El caso es que Ninianne acabó por expulsarme de nuestra isla sagrada, que era mi hogar, y yo tuve que buscar otro lugar para mí. Tuve la suerte de encontrar una magnífica fortaleza al otro lado del mar, donde fui acogida con los brazos abiertos luego de un par de pequeñas desventuras. También tuve la suerte de volver a ver a Cuervo, quien no parecía tan sorprendida por lo sucedido. “Es la maldición”, afirmó. “Tú no podías hacer nada contra ello. Desde el momento en que selló su pacto, estaba destinada a acabar así. Lo único que siento es que ahora sólo queden dos hermanas en Avalon, y que una de ellas sea, además, una falsa hija de la Madre Diosa. Por seguro, la isla seguirá cediendo su terreno al mundo moderno y empequeñecerá más aún.”

Al poco de aquel triste episodio en mi vida, volví a encontrarme con el antiguo Merlín y le hablé de lo sucedido. Él también me habló de la maldición. Parece ser que era algo que casi podía sentirse en el aire, pero yo no me había percatado de ello hasta que resultó ser demasiado tarde.

Sin embargo, el dolor de que una persona de tu propia Hermandad te convierta en su enemigo y te eche del lugar al que perteneces, graba una cicatriz de duro resentimiento. A pesar de todo, yo decidí no rebajarme a su altura. Pronto volvimos a encontrarnos. Mi único desahogo y forma de resarcirme consistía en obligar a Ninianne a darme conversación conmigo siempre que coincidíamos por asuntos de política y corte en reinos más allá de la isla. Camelot, Glastonbury. Sé que no lo soporta, que mis artes en cortesía, calma y diplomacia disparan su demencia. Después de todo, no dejo de decirme que, por mucho que se encuentre poseída por ese maligno ser, ella fue quien eligió hacer el trato con el demonio. Y éstos sólo se fijan en personas inseguras y envidiosas.

Sin embargo, lo más triste del desenlace es que Ninniane también se marchó de Avalon al encontrar un pretendiente que vivía más allá de las Tierras Altas. Aunque, me digo a veces, con un poco de suerte, es posible que en ese lugar cristiano, alguien la rocíe con agua bendita.

Así, sólo queda ya en nuestras tierras la última de las señoras de Avalon. La más fuerte, la que nunca se rinde ni sucumbe ante la adversidad. La que es incorruptible. Si alguien puede resistir todos los ataques de seres diabólicos o del mundo moderno, es ella sin duda. La llamamos la Reina de las Flores. Salve. Con ella nuestro reino está protegido, aunque se haya visto empequeñecido hasta tal punto.

La última vez que fui a visitarla, encontré que el aire volvía a ser normal, el ambiente relajado que recordaba de mi infancia en la isla. Aquello me alegró, pero al mismo tiempo me hizo preguntarme si no sería para mí un triunfo volver a la isla, pasar por encima de Ninniane y ocupar su puesto. Según pensaba en esto, tuve una visión. Era algo incorpóreo, parecido a un esbozo de ser vivo hecho de bruma. Un ser de otro lugar, tal vez del reino de las hadas, como el que había visto Ninniane. Se acercó a mí, apoyó su delgado brazo sobre mi hombro y me susurró al oído. Me hizo promesas. Me dijo que podría hacerme volver a Avalon. Sólo tenía que sellar el mismo pacto que había hecho la hermana Ninniane antes que yo.

Sacudí la cabeza, avancé hacia el puerto y tomé la barca. Me marchaba, pero esta vez lo hacía para salvar Avalon, pues sabía que si permanecía allí, la maldición se apoderaría de mí. Amaba demasiado mi tierra como para dejarla en manos de aquel mal. Aunque sabía que aquello significaba no volver a pisar mi antiguo hogar nunca más. Convertirlo en un lugar escondido en mis recuerdos, como si no se tratase más que de un sueño o de una leyenda. Y así fue, pues nunca más volví a Avalon.

